

existió jamas ni aun en las tribus de los mas remotos salvages. Aun en estas tribus vagabundas, cuya pasion habitual es la guerra, (como por desgracia lo es aun todavía en la mayor parte de las naciones cultas), los hombres bravos y valientes ¿no son los mas distinguidos y los mejor recompensados? La razon no quiere que, en la cruel necesidad que pone tan frecuentemente en guerra á las naciones, se destruya y aniquile el espíritu militar, y que se usurpe al valor la consideracion que justamente le es debida. La verdadera moral prescribe únicamente á los nobles, á los militares, á los grandes y á todos los hombres constituidos en dignidad, que se distingan en los talentos y buenas cualidades que convienen á su estado: ella les prohíbe rigurosamente que se degraden con una conducta servil, ó con vicios capaces de confundirlos con los esclavos ó con el mas vil populacho.

La palabra *nobleza* anuncia valor, grandeza de alma, y una voluntad firme y constante de mantener los derechos de la sociedad.

Una clase elevada indica una superioridad de virtudes, de talentos y de esperiencias, digna de respeto y de consideracion.

Los grandes empleos denotan el poder, la capacidad y el deseo de hacer bien, y la autoridad legítima á que los hombres deben sujetarse por su propio interes. *Nobleza, clase, grandeza*, son palabras vacías de significacion, si no pro-

ducen ventajas algunas al público, y merecen ser despreciadas y aborrecidas cuando solo se emplean en hacer mal: por tanto seria una injusticia el exigir únicamente en razon de las dignidades, del nacimiento ó los empleos, aquel respeto y aquel amor que solamente son debidos á las cualidades personales que estas palabras representan.

CONTINUACION DEL CAPITULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

HASTA aqui hemos hablado de los deberes de los nobles y de los militares con relacion á sus conciudadanos y á la patria en que han nacido, en cuya felicidad, segun se les demuestra, son tan interesados á lo menos como las otras clases del estado. Nos falta ahora esponer en pocas palabras sus deberes con relacion á aquellos contra quien su profesion los obliga á tomar las armas. Seria seguramente desconocer los principios mas evidentes de la razon ó de la moral, creer que el hombre no está obligado á nada respecto de su enemigo. Seria degradar al guerrero y suponer que no es hombre y sí fiera, el pensar que, habiendo nacido en medio de naciones cultas y civilizadas, pudiese ignorar las máximas humanas y justas que estas han establecido entre sí, y que subsisten en toda su fuerza aun en medio del tumulto de los com-

bates. En fin, seria mirar al militar como á un vil autómató, como á un cruel verdugo, ó como á un salvage furioso, imaginar que no supiese hasta que punto debe usar del valor contra los enemigos de su patria.

Los salvages, estúpidos y faltos de razon, de prevision, y de virtud, son los que únicamente se persuaden que todo es lícito con los vencidos, y que no deben tener fin ni término su furor y su venganza. Insensatos! ¿no conocen que la fortuna de las armas es inconstante, y que el que hoy vence y usa cruelmente de su victoria, puede ser vencido mañana y caer en manos de un enemigo á quien con su crueldad tenga irritado? Estos ciegos y furiosos ¿no ven que sus continuas y bárbaras guerras han reducido casi enteramente sus naciones, antes numerosas, á unas miserables tribus, incapaces de poder defenderse contra un puñado de Europeos?

Hace ya mucho tiempo que la voz santa de la humanidad, la razon, y el interes bien entendido, han abolido en nuestro continente la ferocidad primitiva de sus incultos moradores. A proporcion que los pueblos se han ido instruyendo, han usado de mas moderacion en la guerra. Si algunos hechos modernos nos ofrecen ejemplos de atrocidad, estos son debidos á naciones que todavía no han sido curadas

enteramente de la ignorancia y del frenesí de sus salvages progenitores (1).

Gracias á los dogmas de la razon que han suavizado las costumbres de soberanos y guerreros, los hombres no se encarnizan ya tan cruelmente en su reciproca destruccion. El soldado oye la voz de la humanidad en el horror de la carnicería y de la mortandad, y en medio del ruido espantoso de las armas. Ya concede la vida el enemigo desarmado que le pide piedad; y quedaria sin honor si matase ó hiriese á un enemigo rendido á sus pies: hace prisioneros, y no esclavos como aquellos á quienes los bárbaros Romanos solo perdonaban la vida para hacérsela mucho mas insoportable que la muerte. Hoy en los ejércitos, los prisioneros hechos en la guerra son tratados con suavidad, preservados de todo insulto, y devueltos á su pais por medio del cange ó del rescate. En fin, las armas aunque tan estrepitosas de nuestros guerreros modernos, son mucho menos destructivas y asoladoras que las de los antiguos.

Estos son los efectos que la moral ha produ-

(1) Los Croatas y los Panduros, pueblos estúpidos y bárbaros, cometieron crueldades inauditas durante la guerra que siguió á la muerte del emperador Carlos VI. Los Kalmukos y los Tartaros que servian á la Rusia no han obrado mejor en varias ocasiones. La destruccion del Palatinado, ordenada en el siglo pasado por Luis XIV, nos prueba que este principe tan alabado por los poetas, era un salvage tan cruel como Atila. Este acto de barbarie le hizo execrable á la Europa entera.

cido poco á poco en el corazon de los príncipes y soldados. Debemos esperar que los dueños y señores del mundo, desengañados mas y mas de su sangrienta y mortífera ambicion, llegarán á conocer los males que las mas felices guerras acarrean siempre á sus estados. Atentos, pues, á la razon, á la humanidad, á la justicia y á su interes bien entendido, prodigarán mucho menos la sangre de sus súbditos; no decretarán con tanta ligereza la destruccion de los pueblos; amantes de la paz, minorarán sus ejércitos escesivamente numerosos, que absorben inútilmente todas las rentas del estado; cuidarán de su administracion interior, de su legislacion y de sus buenas costumbres; y á la sombra de las leyes serán ciudadanos, en fin, el militar y el noble.

Prescindiendo de los deberes generales que el derecho de gentes, adoptado por las naciones cultas, impone al militar, hay otros que la moral prescribe, y que no puede omitir en la práctica sin hacerse infame y criminal. Su patria puede muy bien ordenarle que combata y destroce á los enemigos que se arman contra ella; mas no que ejerza una venganza tan injusta como inútil contra el ciudadano desarmado, el pacífico labrador, y los habitantes de los pueblos. ¿No son acaso bastantes las desolaciones, las mortandades y las violencias de toda especie que trae consigo la guerra, sin estender todovía mas sus horro-

ros efectos á los hombres que no han tomado las armas, y cuya desgracia y mala suerte es haber nacido en los dominios de otro soberano?

Si existe alguna idea de justicia, y algun afecto de piedad en los generales de los ejércitos y en los oficiales subalternos, no se querrán mostrar crueles con los infelices ciudadanos, cuya total ruina no puede contribuir en nada al buen éxito de sus armas, y que nada tienen de comun en las contiendas de los reyes. Así que una severa disciplina debe refrenar poderosamente la licencia, la codicia y la disolucion de una soldadesca casi siempre ignorante y bárbara. No se envilezcan, pues, con una sórdida avaricia los gefes verdaderamente nobles y desinteresados, en quienes el único móvil debe ser el honor. ¿Que cosa mas vergonzosa que la conducta vil y despreciable de aquellos generales de ejército, para quienes la guerra es un comercio, y que, humillándose al oficio cruel y bajo de tratantes y usureros, esprimen de las venas de los pueblos la poca sangre que la guerra les ha dejado!

Estos son los deberes que la moral y el honor prescriben á los militares; deberes que fueron generosamente observados por los Escipion, los Turenne, los Catinat; y deberes que serán cumplidos igualmente por todos aquellos que prefieran una gloria sólida á la pasion del oro, propia solamente de almas bajas. La avaricia es un vicio indigno de un

gran corazon. El valor militar se aniquila muy pronto en las naciones enervadas por el lujo, donde el militar por lo comun prefiere su enriquecimiento á su gloria. Los romanos pobres, pero inflamados del amor de su patria, sojuzgaron al mundo; despues, enriquecidos con los despojos de las naciones, la avaricia fomentó discordias entre ellos; y debilitados con el lujo, estos guerreros tan temibles vinieron á ser un rebaño de esclavos medrosos y oprimidos bajo el yugo de los mas cobardes y aborrecibles tiranos.

Una nacion esclavizada, en quien domina un sórdido interes, no sabe que es honor: el honor no es cualidad de esclavos, que ni pueden estimarse á sí mismos ni aspirar á la estimacion de sus conciudadanos: la grandeza de alma, la nobleza de ánimo, el valor, serian cualidades inútiles, impropias y aun dañosas para aquellos que la opresion condena á la servilidad. ¿ Como un hombre á quien el temor envilece, podrá tener una alta idea de sí mismo, cuando todo le demuestra su dependencia y su debilidad? Un cortesano, cuya dignidad, fortuna, libertad y vida están á la discrecion de un déspota débil ó malvado, de un ministro perverso, ó de una caprichosa favorita, ¿ puede acaso tener la fuerza y la elevacion que inspira la seguridad? Un esclavo, únicamente cuidadoso de agradar á su señor, ¿ que interes podrá tener en granjearse la estimacion de un público que, caso

de que él mostrase algunas virtudes, solo le concederia una tácita y esteril aprobacion, ó condenaria en él estas mismas virtudes, como incompatibles con su estado?

El verdadero valor supone una energía y un vigor producido del amor de la patria, mas ¿ donde está la patria en un pais sojuzgado por el despotismo? El guerrero no tiene en él otro empleo que el defender al carcelero que le tiene cautivo. Tampoco puede haber ni verdadera nobleza, ni distinciones efectivas, ni clases, ni privilegios permanentes entre unos hombres igualmente sometidos todos á los caprichos del que manda. Algunos esclavos, distinguidos momentáneamente por el favor inconstante del dueño, se ensoberbecerán con esta autoridad no durable, y se tendrán por algo; pero la menor reflexion debe convencerlos de su nulidad y miseria, y hacerles conocer que la mano misma que los levanta y los sostiene, puede á su antojo reducirlos al polvo y á la nada. La nobleza que funda su soberbia en vanos títulos, en prerogativas imaginarias, en privilegios injustos, en fútiles demostraciones exteriores, nada tiene de real ni de sólido. La verdadera nobleza solo puede encontrarse en un gobierno que inspire afectos generosos, y en una patria que cuide de la libertad, de la justicia y de la seguridad de sus miembros. El noble, mas que ningun otro ciudadano, está interesado en la felicidad de su pais, y en el mantenimiento y

observancia de las leyes, que ponen todas las clases del estado á cubierto de la tiranía.

El hombre verdaderamente generoso (1), segun la fuerza de la palabra, es aquel que ha recibido de sus progenitores una alma tan grande, tan noble y tan esforzada que sacrifica los intereses pueriles y despreciables, y las ventajas inciertas y precarias á los intereses sólidos y permanentes que le unen y estrechan con su patria, al deseo de verse estimado de sus conciudadanos, y á la verdadera gloria, que consiste en el aprecio de los hombres de bien. *Del templo de la virtud*, dice Ciceron, *se pasa al templo de la gloria.*

¿ Que derechos pueden tener á la estimacion pública los nobles y los militares totalmente destituidos de grandeza de alma, de verdadero valor, y de principios generosos? ¿ Puede una nacion demostrar algun sincero respeto á los cortesanos ocupados en adular á un déspota que le destruye, ó á los militares cuyo oficio es tener á sus conciudadanos bajo el yugo de la opresion? No: los hombres de este carácter no pueden aspirar de modo alguno á la estimacion que constituye el verdadero honor; pueden, es cierto, deslumbrar con su fausto y orgullo; pueden, amedrentando, forzar á sus

(1) La palabra *generoso* nace de la palabra latina *genus* que significa *raza ilustre ó linage*: por esta razon se ha supuesto que un hombre bien nacido debe tener pensamientos mas nobles que los otros, y mostrarse capaz de mayores sacrificios por la patria.

conciudadanos

conciudadanos á que les den señales de un respeto y deferencia exterior; pero nunca conseguirán una verdadera gloria, ni los sinceros homenajes que codician, reservados únicamente á la generosidad, al patriotismo y á la virtud.

¿ Como la facultad de ofender y dañar podria dar derechos algunos á la estimacion de los hombres? Seria formarse ideas muy falsas del honor creerle compatible con el vicio, con los abusos del poder y con la perversidad. Sin embargo, en los desórdenes es en lo que muchos que se llaman nobles y militares no se avergüenzan de hacerle consistir. Se ven con mucha frecuencia hombres los mas culpables, los mas notados, y los mas dignos del desprecio de los hombres de bien, tenerse por *personas de honor*, y presentarse imprudentemente en todas las concurrencias; á sombra de un grado militar ó de un gran título los vemos despreciar la censura comun, y conseguir á veces de sus censores mismos una favorable acogida. Las mas viles picardías, las deudas mas fraudulentas y vergonzosas no hacen que sean escludidos del trato de las gentes. Bajo los gobiernos injustos ó débiles, los grandes viven confiados en la impunidad; los crímenes mas públicos y notorios no los esponen al rigor de las leyes, porque se temeria que el castigo deshonrase á sus familias. ¿ Como si los crímenes no fuesen personales! ¿ ó como si estos mismos crímenes no

Tomo II.

G

fuesen en sí mas deshorosos que el cadalso (1)! En una palabra, la nobleza de nacimiento es un manto que cubre todas las iniquidades.

Cuando se observa esta desigualdad escandalosa entre súbditos que debieran gozar de un derecho igual á la justicia ; no es claro que los príncipes injustos ó débiles abandonan al ciudadano oscuro y miserable á la discrecion de los grandes? He aquí como un mal gobierno, no satisfecho con oprimir á los pueblos, los sacrifica indignamente á los ultrages y atentados de una multitud de tiranos subalternos, los cuales, seguros de que nunca serán castigados, ejercen cruelmente su licenciosa autoridad sobre los inferiores. Los grandes se distinguen del pueblo, en que por lo comun son mas viciosos é insolentes que él, y en que desdeñan el buen concepto de sus conciudadanos, á quienes desprecian porque no pueden estos resistirles.

Si los soberanos conceden la impunidad á los que se dignan favorecer, el militar se la procura con su espada, dispuesta siempre contra quien osare manifestarle el desprecio que me-

(1) En 1763 el Lord Ferrers, de una casa enlazada con la familia real, fue ajusticiado públicamente en Londres por haber matado á un criado suyo: esto no le sirvió de impedimento alguno á su hermano para ocupar su plaza en la cámara de los pares de Inglaterra. En los demas reinos de Europa, los potentados y grandes nunca son castigados ejemplarmente, sino por causa de rebelion contra el soberano ó sus ministros; mas los delitos contra la nacion les son fácilmente perdonados.

recen sus vicios (1). En el trato del mundo, resulta un gran mal de la preocupacion bárbara que llama honor á la temeridad ó locura con que un bribon, un petardista, ó un hombre despreciable logra que no se le pueda justamente corregir, ó echar de la sociedad de las gentes. Semejantes sugetos tienen la osadía de reñir á estocadas con cualquiera, porque nada es mas comun que el ver al atolondramiento y la locura unidos á la perversidad y á la impudencia. Por otra parte, el hombre mas honrado y mas valiente puede muy bien ser víctima de la destreza de un atrevido, de un valenton, de un espadachin de profesion. Para evitar las disputas y los desafíos, se hace preciso sufrir en el trato de las gentes á muchos hombres necios, perversos é insolentes, que por amenazar al instante con su estoque y tener esta fatal habilidad, no pueden ser excluidos de él, creyéndose estos

(1) El uso de llevar espada en las capitales, en tiempo de paz, y en medio de sus conciudadanos, es un resto de la barbarie gótica, el cual, visto los acaecimientos y los crímenes que produce, debiera ser abolido en toda uacion civilizada. Semejante uso era desconocido de los Griegos y de los Romanos, los cuales sin embargo no les cedian de manera alguna en valor á los descendientes de los Francos, de los Vándalos ó de los Visigodos. En algunos reinos de Europa, por un abuso muy peligroso, los lacayos ó cazadores, los cocineros, algunos artesanos, llevan espada, y por esto muchas veces se atreven á insultar á los ciudadanos desarmados y pacíficos, á quienes por mil razones debieran respetar. El lacayo ó cazador de un grande ó de un poderoso tiene la locura de creerse por esto superior á un vecino honrado.

por lo tanto unos hombres de honor y de respeto. Estas funestas preocupaciones hacen el trato de los militares tan desagradable como arriesgado.

Sin embargo, las luces de la razon, cundiendo poco á poco, han desterrado en parte estas ideas tan contrarias al placer y al reposo de la sociedad. Algunos cuerpos militares, mas sensatos ya, han llegado á conocer los ridiculos y perjudiciales que son estos pendencieros y gladiadores atrevidos, que antes eran mirados con una especie de admiracion y respeto. Un interes mas bien entendido ha hecho conocer por último que, para mostrar valor contra los enemigos de la patria, no es menester insultar, ofender y matar á sus conciudadanos. Segun que los hombres se vayan ilustrando, las costumbres se harán mas humanas y sociables.

Hay sin embargo militares que parece como que sienten no haber nacido en aquellos antiguos tiempos, en que los guerreros se asesinaban unos á otros con la mayor facilidad, y creen que estos frecuentes desafíos son útiles á la conservacion del espíritu militar. Estos fanáticos sin duda se imaginan que un militar, para ser buen soldado, debe ser una fiera, un salvaje, un bruto incapaz de todo sentimiento de humanidad y de razon.

Efectivamente, al ver la conducta insensata de un gran número de los que siguen la profesion de las armas el atolondramiento y el des-

cuido que presiden á todas sus acciones, y el desprecio que hacen de todas las reglas de la equidad y de las buenas costumbres, pudiera creerse que la moral es enteramente incompatible con el ejercicio de la guerra, y que el militar nunca debe por su estado ni reflexionar, ni hacer el menor uso de su razon.

Una política tan falsa como injusta ha inspiado estas máximas tan perniciosas; y creyendo los déspotas que sus soldados serian de este modo mas obedientes y sumisos, los han tenido siempre en una profunda ignorancia, permitiéndoles la rapiña, la injusticia y la licencia en sus costumbres. ¡ Política muy perniciosa é imprudente, soltar las riendas á unos dementes, ciegameute arrastrados de todas sus pasiones! Los príncipes que siguen semejantes ideas, no advierten en verdad que estos satélites, á quienes consienten que sean injustos y feroces contra los ciudadanos desarmados, lo son después contra su soberano mismo. ¿ Como contener los furoros de una milicia embrutecida, á quien, en tolerar que se muestre culpable, han enseñado á que lo sea?

Así que, no dando nunca oídos á las máximas de una política ciega y bárbara, todo príncipe racional, por su propia seguridad y por el bien de sus estados, debe reprimir la licencia del soldado; debe cuidar de las costumbres de sus gefes; debe estimularlos por medio de recompensas al estudio y la instruccion, y á que con-

sagren á este fin una parte del mucho tiempo desocupado y fastidioso, que en la paz les dejan sus cargos militares. De este modo el soberano se verá servido por hombres mas hábiles, mas experimentados y menos turbulentos; y las naciones tendrán en sus nobles y militares unos conciudadanos mas útiles, mas sociables, y mas dignos de ser queridos y respetados.

En general nada contribuye mas eficazmente á la corrupcion de las costumbres de una nacion, que el gobierno militar: el desórden, la licencia, y la disolucion que le acompañan en todas partes se comunican por su medio á todas las clases de la sociedad, fijando principalmente su domicilio en los pueblos de guarnicion. Aquí es donde se ve ocupado de continuo el militar en seducir á la inocencia, en tentar la virtud del sexo femenino, en vengarse de sus desprecios y repulsas con las mas horrosas calumnias; en una palabra, en ultrajar con la mayor insolencia su reputacion, y en turbar el reposo de las familias virtuosas (1). A estos desórdenes

(1) Hay muchas ciudades de guarnicion en las cuales los militares no son admitidos fácilmente en las casas de honor y distincion. Esto es nacido de la conducta imprudente de muchos oficiales, principalmente con las mugeres, cuya reputacion, por una necia vanidad, suelen injusta y falsamente ofender. ¿Hay cosa mas baja, ni mas indigna de un hombre de honor que esas listas ó catálogos infamatorios, y las mas veces calumniosos con que algunos militares tienen el desvergonzado atrevimiento de mancillar á un sexo respetable á todo hombre de bien, y cuyas faltas y flaquezas es un deber sagrado el ocultarlas?

hay que añadir la vanidad, el caracter frívolo, el atolondramiento, la fatuidad y la arrogancia, que constituyen por decirlo así, el distintivo de un gran número de militares, y que hacen su trato desagradable á las personas sensatas. En fin, el militar, casi siempre desocupado, tan lejos está de amar el trabajo, que antes bien se vanagloria de su ineptia y de su ociosidad, como honrosas en su estado, y desprecia, como á *pedantes*, á sus camaradas, que buscan en el estudio un medio de emplear útilmente su tiempo libre y desocupado.

Es preciso repetirlo; la ignorancia y la ociosidad serán siempre en los militares unos manantiales inagotables de desórdenes, de infelicidad y de fastidio. De estos males solo se preservarán cultivando y perfeccionando sus facultades intelectuales: por lo menos deben aprender en que consiste ese honor de que tanto se glorian, y de que muchas veces no tienen ni aun la noticia mas remota: deben no confundirle con la vanidad, la arrogancia, ó los vicios que tan odiosos y despreciables suelen hacerlos: por último, deben saber que la instruccion y las buenas costumbres no les son menos útiles y necesarias que á los demas ciudadanos.

Por una necia vanidad, que muchas veces se sustituye á la grandeza de alma ó á la nobleza de ánimo y al verdadero honor, un lujo ruinoso causa los mas espantosos males en los ejércitos, y destruye las fortunas de los que se consagra-

á la defensa del estado. A este lujo destructor deben las familias nobles la indigencia y la oscuridad en que las vemos consumirse frecuentemente. A esta miseria ha de atribuirse la dependencia servil, en que el despotismo mantiene á una nobleza arruinada con sus locos dispendios. En una palabra, el lujo y la vanidad de los nobles y de los militares sirven para consolidar y hacer mas fuertes las cadenas que los tienen aprisionados bajo el poder de los tiranos.

Para todo hombre que piensa es un espectáculo digno de compasion el ver hasta que punto la opinion ha llegado á ofuscar á la nobleza, y á engañarla acerca de sus mas verdaderos intereses. Para lucir y ostentar en la guerra con gastos que exceden á sus fuerzas, un noble, ó un rico propietario; se adeuda, empeña sus haciendas, y se despoja de la fortuna que posee y que pudiera disfrutar; todo con el designio de complacer á una corte ingrata, á cuyos caprichos se sujeta por todo el resto de su vida. En cambio y recompensa de los bienes sólidos de que su loca vanidad le ha privado, acaso obtendrá un grado, una pension precaria ó alguna distincion pueril, si es que tiene favor; pero sino, será desatendido y menospreciado por aquellos mismos en cuyo obsequio ha tenido la necesidad de arruinarse. En suma, á esperanzas quiméricas, á preocupaciones engañosas,

al acaso y á la fatalidad es á lo que muchos nobles y militares tienen la locura de sacrificar su fortuna, su reposo, su honor, su vida, y muchas veces la patria misma de quien se llaman defensores.

Una política menos astuta y mas bien entendida debería reprimir un lujo y una molicie incompatibles con el ejercicio de la guerra. ¿Cómo es que unos hombres verdaderamente valerosos no tienen fortaleza para despreciar estos vicios? Los príncipes justos y prudentes los desterrarán de sus ejércitos, introduciendo en su lugar la sencillez, la templanza, la frugalidad y la disciplina convenientes para fortalecer los cuerpos, y sustentar en los soldados el valor. ¿Qué espectáculo tan irritante para los infelices, es el ver los convites suntuosos de los generales que, para sostener su lujo y su vanidad, esterilizan y destruyen los campos en que se hallan, y quieren que naden en la abundancia un sinnúmero de criados ociosos, mientras que el soldado hambriento y estenuado carece ordinariamente aun de lo mas preciso!

¿Qué diremos de esos costosos placeres, de esos teatros, de esas frívolas diversiones, de esos juegos ruinosos, de esa multitud de prostitutas, y de las disoluciones continuas que el lujo y el hábito del vicio hacen indispensables á los militares corrompidos y enteramente afeeminados? Pudiera decirse que una horrorosa política se propone en sus máximas enflaquecer

y destruir los cuerpos , la fortuna y las costumbres de los que destina á la defensa del estado. ¡ Esta es la recompensa que el despotismo reserva comunmente á los insensatos que han tenido la imprudencia de sostener su injusto poderío ! Él los corrompe y arruina , y despues los abandona al arrepentimiento , á la miseria á las enfermedades y al desprecio. Por una ley constante de la naturaleza , de la cual ni el noble ni el militar están exentos , no hay desórden que no halle tarde ó temprano su castigo sobre la tierra. Los militares causan á veces la desgracia de las naciones , sin ser por esto mas afortunados y dichosos.

¡ Entrad , por fin , dentro de vosotros mismos , grandes , nobles y militares ! abrid los ojos sobre las vanas preocupaciones que os tienen ciegos hace tanto tiempo. Aprended á conocer mas bien el honor , á quien por vuestra clase y profesion estais mas íntimamente unidos que los otros. Fundadle en el derecho incontestable á la estimacion de vuestros conciudadanos , no en el nacimiento , efecto del acaso ; no en prerogativas y privilegios contrarios á la equidad ; no en la privanza y el favor que en un solo momento pueden dejar de ser ; ni en una licencia que os deshonorra. Sed ciudadanos en las naciones que tantas veces vuestros progenitores han esclavizado y destruido. No favorezcáis al despotismo , no despreciéis las leyes , ni os mostreis enemigos de los magis-

trados que las custodian y sostienen ; antes bien , de concierto con estos , sed defensores de la patria , la cual no puede subsistir sin justicia , sin libertad y sin reglas permanentes. Sed columnas del trono ; pero cimentadle en el bien público , en quien todo os demuestra que vosotros propios estais interesados , y á quien el soberano es deudor de su seguridad. Este es el camino que conduce al honor. De este modo seréis verdaderamente estimados y distinguidos , y transmitiréis á la posteridad unos nombres amados y respetables.

CAPITULO VI.

Deberes de los Magistrados y de los Juristas.

CUANTO hemos dicho de los grandes y de los nobles puede muy bien aplicarse á los magistrados , á los jueces , y á los órganos de la ley , á quienes las naciones han asignado en todo tiempo una honrosa precedencia entre los ciudadanos. Unos hombres destinados á dispensar justicia á los otros , á obligarlos á cumplir las convenciones sociales , á reprimir sus pasiones , á castigar los delitos en nombre de la sociedad , deben mostrarse dignos del respeto del público en su equidad firme y constante , en su probidad no desmentida nunca , en su integridad , en el conocimiento profundo de las leyes confusas por lo comun y